



Evangelio según San Marcos 1,6-11

En aquel tiempo proclamaba Juan: “Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco ni agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo”.

Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán.

Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo amado, mi preferido”.

Comentario

La figura de Juan, el Bautista está estrechamente vinculada a la persona de Jesús. Juan tiene la misión, anunciada por los profetas, de preparar el camino del Señor. No es una misión fácil implica renunciar a todo, incluso al “éxito” para que todas las personas centren su mirada en el Mesías esperado.

Y esto es lo que hace durante toda su vida: anunciar la venida del Mesías en la persona de Jesús. Y lo hace tomando las palabras de la Sagrada Escritura estableciendo así la conexión y la unión entre las promesas realizadas por Dios y su cumplimiento en Jesucristo.

Juan está en el desierto. El desierto tiene varias connotaciones en la Sagrada Escritura. Es lugar de muerte, de lejanía con Dios y también tiene otra connotación que es lugar de purificación y de encuentro con Dios.

Juan se ha marchado al desierto para posibilitar a todas las personas que quieren convertirse un lugar para encontrarse con Dios. Un lugar alejado de todo aquello que obstaculiza el encuentro con Dios.

En el desierto Juan comienza a hablar de un cambio de vida, una conversión. Una conversión que consiste en volver nuestra vida a Dios y alejarnos de aquello que nos aparta de Dios. Es, en definitiva, que Dios sea el centro y la prioridad de nuestra vida.

En ese anuncio de conversión muchas personas están pensando que Juan es el Mesías. En otro pasaje vendrá una delegación de fariseos a preguntarle si es el Mesías, y por eso, Juan, para evitar desviaciones afirma que él no es el Mesías, que viene otro que sí que es el Mesías esperado.

La imagen que emplea Juan indica la grandeza del Mesías y la pequeñez de Juan. Ante la presencia del Mesías, Juan no se considera digno de desatarla la correa de las sandalias. Una acción que era propia de los esclavos, Juan no se considera digno de hacerla con el Mesías.



*Comentario al Evangelio Bautismo del Señor
Isaías 42, 1-7; Salmo 28; Hechos 10, 34-38; Marcos 1, 6-11*

Y es que Juan está reconociendo no sólo la grandeza del Mesías, sino incluso la divinidad. Ante la presencia de Dios el creyente reconoce la gran distancia entre Dios y los hombres, por eso, asombra el gran amor que Dios nos tiene que se hace hombre para hacernos partícipes de su divinidad. En la plegaria eucarística II lo decimos claramente: *Te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia.*

Una vez que Juan ha dejado claro la gran diferencia entre el Señor y él, se dedica a explicar en que consiste su bautismo y la diferencia con el Bautismo que el Señor ofrecerá.

El Bautismo de Juan es un bautismo de conversión, es decir, el creyente que se acerca a Juan entra en el agua para renacer de nuevo buscando estar más unidos a Dios. Es un signo visible del cambio que el creyente quiere realizar, quiere renacer a la vida divina.

Y añade, que el Mesías bautizará con Espíritu Santo. Esta es una de las grandes novedades que aportará Jesús. Por medio del Bautismo recibimos el Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos introduce en la vida divina, nos inunde con el amor de Dios y nos hace hijos de Dios.

Ser hijos de Dios es entrar en lo más íntimo de Dios. Es Dios quien quiere compartir con nosotros lo que Él es. No es algo que podamos exigir a Dios sino que todo es pura gratuidad por parte de Dios.

Y Jesús se acerca a Juan a que lo bautice. ¡qué gran misterio! Jesús acude a ser bautizado por Juan. Es un signo claro, al inicio de su misión, de que Jesús quiere caminar unido a Dios. La misión de Jesús está totalmente unida a la voluntad del Padre. El Señor nos invita con esta actitud a vivir nuestra vida según la voluntad del Padre.

El Señor se pone en la fila con el resto de los judíos esperando su turno a que Juan lo bautizase. Mientras espera su turno es lógico pensar que estuviese hablando con los de delante y con los de atrás. No sabemos qué conversación es la que llevarían pero podemos imaginar que hablarían del propósito de ser más fieles a Dios, de perseverar en la oración, de practicar la caridad, en definitiva de dejarse guiar por Dios.

Cuando le llega el turno a Jesús se introduce en el agua. Como todos los que se bautizaban Jesús permanece unos segundos debajo del agua. Son los momentos de abandonar la antigua vida alejada de Dios y salir nuevamente a vivir con Dios.

Sale Jesús del agua y se produce la teofanía. Una manifestación divina que tiene dos elementos: la visión y la audición. La visión, según el texto, es sólo vista por Jesús. El Señor ve rasgarse el cielo y la aparición del Espíritu Santo.



Comentario al Evangelio Bautismo del Señor
Isaías 42, 1-7; Salmo 28; Hechos 10, 34-38; Marcos 1, 6-11

Esta visión de Jesús implica la apertura del cielo. El cielo se abre y con el descenso del Espíritu Santo nos pone a Jesús como centro y clave para ir al cielo. En toda la escena el protagonista principal es el Señor. La visión que tiene Jesús es como una confirmación que es el momento de iniciar su vida pública y empezar a anunciar la venida del Reino de Dios.

Junto a la visión hay una audición: Tú eres mi Hijo, el amado, mi predilecto. Si la visión fue sólo para Jesús la audición parece ser que fue escuchada por todos los que estaban allí.

Jesús es señalado como el Mesías esperado. Es más, con las palabras escuchadas se indica que Jesús no es uno más escogido de entre los hombres sino que es el Hijo de Dios.

Esta es una gran novedad para el pueblo judío y para todos los creyentes: Aceptar a Jesús como Hijo de Dios. La divinidad de Jesús es puesta de manifiesto en palabras y obras durante toda su vida, y sobre todo, en la resurrección y ascensión al cielo.

Para oír la voz de Dios nuestro corazón debe de estar en la misma sintonía para poder entender el lenguaje de Dios. Si no hablamos el mismo idioma no podremos entender lo que Dios nos dice. Escuchar la Palabra de Dios implica una voluntad, por nuestra parte, por aprender el lenguaje de Dios y poder comprender mejor el sentido de sus palabras.